

Nacionalismo y autoritarismo: algunas lecciones de la experiencia de Malvinas*

Rosana Guber**

Si los conceptos llevan consigo la impronta cultural y política de los contextos donde fueron acuñados, necesitamos prestar atención a la teoría social general y a las teorías nativas de legos y de iniciados. Ello nos permitirá generar caracterizaciones contextualmente válidas que permitan conocer la realidad empírica y discutir los supuestos universales, a menudo eurocéntricos, de la teoría social¹.

El caso del nacionalismo en la Argentina es pertinente porque revela la enorme distancia entre el campo acotado por las investigaciones y la vastedad con que “lo nacional” ha permeado la vida de los argentinos en el siglo XX. En estas páginas presento algunas reflexiones suscitadas por una investigación empírica que surgió, precisamente, del intento de comprender por qué la apelación a la “nación” era tan recurrente en este país, y también de confirmar que los debates sobre la nacionalidad y el nacionalismo en la Argentina circulaban por carriles bastante distintos a los de otros contextos.

En Europa, África y buena parte de América Latina, las cuestiones nacionalitarias suelen asociarse con, e invocarse como parte de la etnicidad, la aboriginalidad y la raza, todos éstos temas preferidos de la antropología. Pero en la Argentina la apelación a la nación no emana de estas fuentes. La literatura sobre la cuestión nacional, en su mayoría elaborada por historiadores y politólogos, estuvo por mucho tiempo acotada al nacionalismo doctrinario y autoritario implantado en las prime-

* Los materiales presentados aquí se encuentran desarrollados en Guber, Rosana. *Por qué Malvinas?* Fondo de Cultura Económica, 2001.

** Investigadora del CONICET-IDES, directora del Centro de Antropología Social, IDES.

1. Peirano, Mariza. *A favor da etnografia*. Río de Janeiro, Relumê-Dumara, 1995.

ras décadas del siglo XX y, eventualmente, se extendió a las ideologías de izquierda desde los 60 que también desembocaron en la violencia de los '70. En estas elaboraciones nacionalismo y autoritarismo parecían invocarse mutuamente, como si su conjugación fuera natural. Por mi parte considero que esta conexión no debe tomarse como necesaria, y que de existir sus modos articulatorios no son universales. En todo caso, convendría explorar cómo opera dicha articulación tomando en cuenta las nociones y prácticas de los actores sociales concretos en contextos históricos determinados, a riesgo de imponer arbitrariamente definiciones anacrónicas o sociocéntricas sobre la realidad y sus agentes.

Benedict Anderson contribuyó a renovar los debates sobre la nación, precisamente, al sacar a este fenómeno del mundo de las ideas políticas. Su libro *Imagined Communities* se publicó en 1983², junto a otras obras del mundo académico inglés como *Nations and Nationalism* (1983) de Ernest Gellner, *The Invention of Tradition* (1983) de Eric Hobsbawm y Terence Ranger, y *On living in an old country* (1985) de Patrick Wright, un miembro del Popular Memory Group³. Obviamente el tema no se inauguraba con ellos⁴, pero en 1983 ese renovado interés se desarrollaba en un contexto marcado por el resurgimiento del nacionalismo británico que avivó, y del cual resultó, el conflicto anglo-argentino de 1982 por las islas del Atlántico Sur⁵.

Desde fines de los 80 y sobre todo en los 90, los cientistas sociales argentinos hemos tomado las enseñanzas de Anderson enfatizando el carácter "imaginado" de las naciones, y perdiendo un tanto de vista su anclaje en las relaciones sociales con que se modelan las formas de imaginar la comunidad nacional. Uno de los mayores aportes de Anderson—además de su "capitalismo de imprenta"—fue haber relocalizado a la "Nación" desde el orden político/ideológico a los órdenes religioso y del parentesco. Así, el mayor sacrificio de morir por la Patria puede explicarse por la lealtad a los ancestros, más que por la formulación de un acuerdo doctrinario.

Mientras en Gran Bretaña se asistía a la emergencia de estas nuevas perspectivas bajo el auge de—y como réplica a—la administración neoconservadora de

2. Anderson, Benedict. *Imagined communities: reflections on the origins and spread of nationalism*. London: Verso, 1983.
3. Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism* Cornell University Press, 1983. Hobsbawm, Eric and Terence Ranger. *The invention of tradition*. Cambridge University Press, 1983. Wright, Patrick. *On living in an old country*. London: Verso, 1985.
4. Hechter, Michael. *Internal Colonialism- The Celtic fringe in British national development, 1536-1966* Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1975. Nairn, Tom *The Break-up of Britannia*. London, Verso, 1977.
5. La permeabilidad del proceso político en la academia británica de entonces es evidente en el mismo Edward P. Thompson quien, ya volcado a la militancia antinuclear, denunciaba en un artículo de mayo en el *Sunday Times*, que las armas que empleaban las fuerzas armadas argentinas en el conflicto eran oriundas de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos e Israel.

Margaret Thatcher, en el extremo sur del Atlántico la cuestión nacional se disparaba en otras direcciones, buscando explicar el advenimiento de la dictadura más cruel de la historia argentina y el paradójico y generalizado apoyo a su iniciativa bélica. Para dar cuenta del fervor nacionalista suscitado por la recuperación armada y temporaria de los archipiélagos Georgias del Sur y Malvinas, algunos autores apelaron a una serie de caracterizaciones académicas de fuerte sesgo moral. Así, el nacionalismo malvinero venía a ser una expresión (más) del autoritarismo nacional y militarista del PRN. Desatar una guerra internacional había sido una "no-solución clásica y suicida" en la que prevaleció la irracionalidad,⁶ trasuntando una "lógica demencial"⁷ típica de un régimen que había perdido contacto con la sociedad civil y política.⁸ Esta "triste mezcla de caricatura e impotencia" fue aceptada no sólo por los miembros de las fuerzas armadas y el estado sino también por sus consultores civiles, un gran sector de los medios de comunicación y muchos sectores de la población ganados por la retórica chauvinista⁹, en lo que terminó siendo una suerte de "redención fascista".¹⁰ Ese consenso provenía de la militarización de la sociedad civil presa de una "patología política y cultural", esto es, de "cierto tipo de síndrome autoritario, en gran medida inconsciente"¹¹.

Aunque plausibles, estas apreciaciones dicen más de los autores y sus posturas como académicos comprometidos con la apertura democrática, que del acontecimiento malvinero en sí, y de cómo lo significaron quienes directa e indirectamente tomaron parte de él. La falta de estudios sobre los usos de la "nación" en la cotidianeidad social y política de los argentinos determinó, en gran medida, las dificultades para comprender qué sucedió en la Argentina continental en 1982 desde la propia lógica de sus protagonistas, cómo fue posible Malvinas, cómo fue posible el Proceso, y en qué marco se produjo la apertura democrática de 1983. Ciertamente, como veremos, la "nación" tuvo mucho que ver en este decurso, aunque quienes la invocaron no siempre compartieron sus sentidos.

Como corolario de sus investigaciones sobre la Rumania de Ceacescu y la Europa oriental possoviética, la antropóloga Katherine Verdery sugiere abordar a la "nación" no como una entidad o una cosa sino como un símbolo operador de un sistema de clasificación social, y por lo tanto como garante de bases de autoridad

-
6. Corradi, Juan E. *Argentina: The Fitful Republic. Economy, Society and Politics in Argentina*. Boulder: Westview Press, 1985, p.137. Mi traducción.
 7. Borón, Atilio "The Malvinas War: Implications of an Authoritarian State." En *Latin America. Peace, Democratization & Economic Crisis*, José Silva Michelena, ed. United Nations University. London: Zed Books, 1988, p.140. Mi traducción.
 8. Corradi, *The Fitful...* *Ibid.*
 9. Borón, "The Malvinas War...", p. 142.
 10. Cavarozzi, Marcelo "Political Cycles in Argentina since 1955." En *Transitions from Authoritarian Rule. Latin America*, Guillermo O'Donnell, Phillip Schmitter and Lawrence Whitehead, eds. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.
 11. Borón, "The Malvinas War", p. 144.

y legitimidad, de apariencia natural y socialmente real.¹² En el mundo moderno el símbolo “nación” es una construcción que confiere posiciones al sujeto en el estado moderno y en el orden internacional. Como todo símbolo, el sentido de “nación” es inherentemente ambiguo y su uso despierta emociones de quienes los detentan. Verdery considera al nacionalismo no tanto como una orientación ideológico-política determinada sino como el uso del símbolo nación “por el discurso y la actividad política”.¹³ De manera que si la nación es una cierta forma de concebir la relación entre el estado y sus sujetos, es imprescindible delinear, como advertía Anderson, los estilos que adopta esa relación en cada caso específico, antes que preestablecer desde la academia su orientación ideológica y su contenido moral. Para ello necesitamos averiguar, entre otras cosas, cuándo emerge el uso del símbolo “nación”, quiénes lo emplean, qué se disputan en qué contextos institucionales, globales y sociales, y qué creen sus usuarios que están haciendo cuando lo invocan. En suma: cuando se recurre a símbolos nacionales y se habla el idioma del nacionalismo, ¿se está necesariamente adscribiendo a una doctrina política o se están haciendo otras cosas? ¿Cómo evoca el uso del símbolo “nación” en la arena política, al autoritarismo, y por qué los regímenes autoritarios pueden requerir su exacerbación? Intentaré responder estas preguntas desde el caso de la conformación de la causa de soberanía argentina sobre las islas Malvinas, y desde las reacciones que suscitó su temporaria recuperación entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982.

I. Las causas de Malvinas

Las Malvinas fueron parte de los territorios que, no sin idas y vueltas, ocupó la Corona Española en 1767 y que ratificaron las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1811, como un puerto de paso hacia el Canal de Beagle y el Estrecho de Magallanes que daba entrada al Océano Pacífico. Sin embargo, su transformación en cuestión pendiente de soberanía empezó a los pocos días de 1833, después que la Corbeta con el sugestivo nombre de la musa griega de la Historia, “Clío”, cañoneara el poblado rioplatense dependiente de la Provincia de Buenos Aires y ocupara sus instalaciones. Las islas o mejor dicho, la Malvina oriental o Soledad, estaba habitada por peones rurales provenientes del Río de la Plata, a cargo de ganado ovino, bovino y caballar, y por varios europeos a cargo de la intendencia, el almacén y el fuerte. Desde el 1º de enero, e ininterrumpidamente Gran Bretaña reivindicó sus derechos a las islas, a las que ocupó efectivamente con población de distintos puntos del Commonwealth; desde entonces la Argentina reivindicó sus derechos a las islas, por medio de declaraciones en foros nacionales e internacionales.

12. Verdery, Katherine. “Para onde vao a “nação” e o “nacionalismo”?” Gopal Balakrishnan (org.) *Um mapa da Questao Nacional Río de Janeiro*, Contraponto, 2000, p. 239.

13. Verdery, “Para onde ...”, p. 240.

La construcción de la causa malvinera se alojó en el seno de la formación del estado republicano. Sin embargo, como veremos prácticamente desde lo que se consideran los inicios formales de la cuestión oficial de soberanía, su aspecto jurídico internacional estuvo siempre acompañado por razones de política interna. Conforme avanzó el siglo, Malvinas se convirtió en prenda de legitimación de inclusión política, en un clima de creciente polarización hasta desembocar en la operación comando que el gobierno militar argentino emprendió el 1° de abril de 1982.

Llevó desde 1833 hasta 1910 para que la soberanía pendiente sobre las islas Malvinas se convirtiera en doctrina jurídica internacional. La justificación de los derechos argentinos sobre el archipiélago llegó desde el corazón del estado y de la alta cultura letrada. En el año del Centenario de la Revolución de Mayo, el entonces director de la Biblioteca Nacional publicó un largo ensayo con fundamentos geográficos e históricos sobre los derechos argentinos a las islas. Paul Groussac había llegado de Francia a Buenos Aires en 1866 con sólo 18 años, pero después de algunos años de merodear por el campo bonaerense, fue proyectado a la cultura oficial por el ministro de Instrucción Pública de Sarmiento, Nicolás Avellaneda. En su carrera ascendente fue catapultado de maestro a director de la Escuela Normal de Tucumán e Inspector Nacional de Educación. Para los 80 bajo la presidencia de Julio A. Roca (1880-1886), fue ungido Inspector Nacional de Enseñanza Secundaria y, desde 1885 hasta su muerte en 1929, director de la Biblioteca Nacional¹⁴.

En 1910, ya con la ciudad de Buenos Aires como capital federal, portuaria y cultural de la República, Groussac publicó *Les Iles Malouines* como introducción a una serie documental editada en los Anales de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (v.VI: 401-579).

"Lo que /.../ nos atañe a nosotros exclusivamente, es exponer una vez más y, si se puede, con más rigor que hasta hoy, los derechos positivos e imprescriptibles de la República Argentina a la propiedad del archipiélago".¹⁵

El ensayo cobraba, según su autor, el carácter de un tributo al lugar soberano de la Nación Argentina en el sistema mundial. Ese tributo se rendía al pie del símbolo "nación" demostrando que era la Argentina, más que España, el objeto de despojo de los británicos. Sin embargo, la defensa de los derechos argentinos se justificaba, además, en una encendida prédica antirrosista, convirtiendo a *Les Iles Malouines* en una pieza de instrucción política.

"Se ha dicho, y todo el mundo lo repite, que los pueblos tienen los gobiernos que merecen. /.../ Sería más verídico decir que el pueblo que se ha rebelado bajo los buenos gobiernos, se prepara por eso mismo a inclinar la nuca bajo los malos.

14. Canal Feijóo, Bernardo. "Paul Groussac" en Orgambide, Pedro y Roberto Yahni, *Enciclopedia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1970.

15. Groussac, Paul. *Las islas Malvinas*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 1982, p. 15.

Los bonaerenses no merecían, por cierto, a Rosas -ni siquiera al Rosas ése, todavía embozalado, del tiempo que nos ocupa-; pero era necesario que fuesen castigados por haber desconocido a Rivadavia quien /.../ significaba la civilización que intenta detener a la barbarie. El castigo /.../ fue contemplar la patria abatida hasta tornarse un objeto de desprecio y acaso una presa ofrecida al extranjero. He aquí la razón de los desembarcos autoritarios, como en tiempo de los Drake y de los Cavendish; de las explicaciones apenas coloreadas de un pretexto; con un largo silencio, apenas interrumpido por dos o tres semi-explicaciones más desdeñosas que el silencio mismo, por toda respuesta a las justas reclamaciones de los expoliados!"¹⁶

Groussac consagraba o "inventaba" la causa de Malvinas como prerrogativa de la República liberal, convirtiendo a la historia en un campo de batalla política tanto externa como interna. Al asimilar el tiempo rosista de la pérdida del archipiélago con la barbarie, Groussac desconocía las protestas de 1833, 1838, 1841 y 1849 que, entre otras, el Restaurador de las Leyes había emitido a través de su canciller Manuel Moreno.¹⁷ La pérdida de Malvinas era el castigo recíproco a una Nación ingrata y renuente al legado patriótico y liberal de la República, en pos de la mera fuerza de la tiranía. Por eso la cuestión internacional debía traducirse inmediatamente en una lección local: citando a Shakespeare, Groussac advertía que es admirable tener la fuerza de un gigante, pero es atroz usarla como un gigante. No sólo se refería al imperio que por la misma época había anexado Belice y Gibraltar; se refería también a Rosas como el usurpador del estado argentino. Así, desde el mismo estado, Groussac se proclamaba heredero de los proscriptos por el rosismo, y enarbolaba la causa de soberanía pendiente de Malvinas como parte de una disputa política de la elite de Buenos Aires, contra su exclusión política.

-
16. Groussac, *Las Islas ...* p. 47. La responsabilidad que atribuía al "pueblo" provenía del plebiscito con que Rosas obtuvo para sí Facultades Extraordinarias.
 17. El francés sabía que en 1833 la Cancillería de Buenos Aires emitió no menos de cinco pedidos oficiales a Gran Bretaña, un informe de situación a los demás gobiernos americanos, y dos a la Legislatura bonaerense, además de varias instrucciones a Moreno, y la primera protesta formal por la ocupación inglesa el 17 de junio. Entre 1834 y 1848 el gobernador Viamonte y luego Rosas con sus ministros incluyeron los derechos argentinos sobre las islas en su mensaje inaugural para la apertura de sesiones de la Legislatura bonaerense (Torres Revello, José, *Bibliografía de las islas Malvinas. Obras, Mapas y Documentos Buenos Aires*, Imprenta de la Universidad, 1953. Documentos 1401, 1406, 1407, 1409, 1414, 1421, 1444, 1475, 1517, 1543, 1546, 1548, 1553, 1557). Así, quienes gobernaron desde 1833 dieron muestras documentadas de "que las Provincias Unidas no pueden ni podrán jamás conformarse con la resolución del gobierno de Su Majestad Británica" (1842), y de que "el Gobierno de Buenos Aires y Confederación Argentina, nunca ha consentido en el despojo de su soberanía en las islas Malvinas que hizo el Gobierno Inglés en 1833" (31 de julio, 1849) (Ferrer Vieyra, Enrique, *Segunda cronología legal anotada sobre las islas Malvinas/Falkland Islands*. Buenos Aires, Lerner, 1992, pp. 175. 177).

La difusión nacional de *Les Iles Malouines*, escrita en francés en una colección única y sin duplicación, requería de su traducción y de su edición. La iniciativa tuvo lugar veinte años más tarde, y se sumó a otras propuestas antioficialistas de distinto signo. Todas entrañaban alguna señal de protesta a la política oficial en materia laboral y exterior. Sus defensores se adscribieron siempre a una orientación política nacionalista.

En 1934 tuvieron lugar dos presentaciones. La primera, cronológicamente, fue la publicación en marzo de *La Argentina y el imperialismo británico* de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta. Con dos ediciones consecutivas, esta primera propuesta orgánica de "contra-historia" argentina conocida más tarde como "revisiónismo histórico"¹⁸ (Quattrocchi-Woisson, 1992:109), interpretaba la crisis política y económica del modelo agroexportador de la República Oligárquica que había eclosionado en el vergonzoso "tratado Roca-Runciman" (1933) entre la Argentina y el Reino Unido, hasta entonces principalísimo comprador de la producción nacional. Corría el gobierno del general Agustín P. Justo, sucesor del primer golpista de la era inaugurada por Sáenz Peña, el General Uriburu. En respuesta a la crisis comercial ocasionada por Inglaterra y su política exterior abocada al exclusivo buy British, Justo envió a Londres una comitiva encabezada por su vicepresidente, Julio A. Roca (hijo), para firmar un tratado con el encargado del British Board of Trade, Walter Runciman, que asegurara la cuota de venta de carnes argentinas al Reino Unido. Gran Bretaña se comprometía a mantener la cuota de importación de carne argentina aunque preservaba el derecho de su eventual disminución y obtenía a cambio la participación en el 85% de los frigoríficos extranjeros en la Argentina—ingleses y norteamericanos—, la liberación de derechos al carbón y otros productos, y la disminución de derechos aduaneros de sus importaciones. La Argentina destinaría la totalidad de las divisas procedentes de las ventas a Inglaterra sólo a "comprar británico", y daría trato impositivo preferencial a las empresas de ese origen, dueñas de los servicios públicos.¹⁹ Roca creyó un gesto de gentileza declarar públicamente que, desde el punto de vista económico y en virtud de una interdependencia recíproca, la Argentina formaba parte del Imperio Británico al cual agradecía, también, su temprano apoyo para la independencia.²⁰

La oposición parlamentaria y extra-parlamentaria leyó la medida como una "entrega" al capital inglés. Tras sugerir su investigación por una comisión del Congreso, el senador demócrata-progresista Lisandro de la Torre denunció el monopolio británico de la industria frigorífica como un negocio embozado que sólo favorecía a los agentes gubernamentales y a los frigoríficos, intermediarios en el negocio de

18. Quattrocchi-Woisson, Diana. *Un nationalisme de deracines. L'Argentine pays malade de sa memoire*. París: Editions du CNRS, 1992, p.109.

19. Ciria, Alberto. 1972 "Crisis económica y restauración política. (1930-1943)." *En Argentina. La Democracia Constitucional y su Crisis*, Darío Canton, José Luis Moreno y Alberto Ciria, comps., Buenos Aires: Editorial Paidós, p. 125.

20. Quattrocchi, Un nationalisme ... p.111.

la carne, y condenaba a los pequeños y medianos productores. El virtual "Sexto Dominio" tenía menos prerrogativas como nación independiente que Australia o Canadá, dos semi-colonias.²¹

Para los Irazusta el tratado del '33 resultaba de un proceso iniciado en el siglo XIX por el cual desde 1826 la clase dominante instauró a la fracción rivadaviana del partido metropolitano en el poder²². Los Irazusta no cuestionaban el carácter de la "oligarquía" como la bautizaron los autores, pues según ellos toda nación requiere una clase dirigente²³. Tampoco criticaban la concentración de la propiedad, pues junto a otros nacionalistas de la época se oponían a la reforma agraria de los maximalistas bolcheviques y los socialistas, y a la "democracia de masas" que desde el gobierno de Yrigoyen desvirtuaba "la integración ordenada y jerárquica de la República. Pero esa dirigencia, ávida por el progreso material e imitadora de los modelos secularizados de Francia y Gran Bretaña, encadenaba a la Nación. El capital británico tejía los Eslabones de una cadena, 1806-1933, subtítulo del libro, asociando a la oligarquía argentina. El gobierno rosista había mostrado el camino a seguir, encarnando la "fracción de la independencia" opuesta a "la fracción del progreso".²⁴

La pérdida de Malvinas era un ejemplo de las limitaciones de los gobiernos débiles, las divisiones internas y los representantes genuflexos. La usurpación exterior estaba propiciada por sus socios locales.

"La primera gobernación de Rosas, con las facultades extraordinarias, explica el compás de espera en la maniobra británica, como las circunstancias en que aquél abandonó el poder en 1832, explican el sincronismo entre la transmisión del mando en Buenos Aires y la toma del Puerto Soledad (sic) por el comandante Onslow. .../ El 8 de diciembre se elegía a Balcarce como sucesor de Rosas, después de alternativas que mostraron la división del partido federal dominante en dos fracciones .../ circunstancia que el sucesor de Mr. Woobine (sic) Parish no podía ignorar. Y el 1 de enero de 1833, Inglaterra se apoderaba de las Malvinas".²⁵

21. De la Torre se refería además a procedimientos ilegales, como el de la portación del buque inglés Norman Star de los libros de contabilidad de un frigorífico, camouflados en un cajón rotulado "corned beef" (Ciria 1972:126-7).
22. Irazusta, Julio y Rodolfo Irazusta. *La Argentina y el Imperialismo Británico*. Buenos Aires: Ediciones Argentinas Córdor, 1934. p. 100.
23. "... nuestras objeciones al empleo de los oligarcas en la diplomacia no eran de principio. Tampoco lo son al régimen en sí. Nuestras objeciones son en ambos casos históricas. Porque como hay oligarquías benéficas, las hay perniciosas" (Irazusta e Irazusta, *La Argentina...* p.100). Julio Irazusta había escrito en 1931, en un artículo inédito, que los "poseedores de la tierra" constituían "la verdadera fuerza de conservación, la suma de intereses particulares más coincidentes con el interés general del país" (en Buchrucker 1987:93).
24. Irazusta e Irazusta, *La Argentina...* p. 101.
25. Irazusta e Irazusta, *La Argentina...* p. 41.

El Imperialismo británico se valía de las "formas regulares" que algunos ya reivindicaban como "democracia" para atropellar la soberanía nacional.

La decepción en los círculos intelectuales del nacionalismo cuando Justo se apartó del programa revolucionario del 30, afectó a los hermanos Irazusta de modo diverso. Rodolfo, "el político" de la dupla, se lamentaba de que Uriburu no hubiera avanzado hacia "una 'rebelión' contra 'las organizaciones extranjeras' que dominaban el comercio internacional de la Argentina"²⁶, y reivindicó al Yrigoyenismo como movimiento popular. Su hermano Julio, "el historiador", continuó escribiendo artículos contra el sufragio universal²⁷. Ambos caminos habían partido de La Argentina y el Imperialismo Británico, cuyos ejemplares fueron retirados de circulación debido a las presiones diplomáticas inglesas y a los preanuncios de la segunda guerra mundial²⁸. Este "verdadero clásico de la literatura nacionalista"²⁹ sólo volvió a ver la luz en 1982.

En setiembre del 34 un senador presentó en el Congreso el proyecto de ley 11.904 que encargaba a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares traducir al castellano y publicar oficialmente *Les Iles Malouines*, y elaborar una versión resumida del "contenido sustancial de la obra" para editar y distribuir a todos los establecimientos escolares y por canje a instituciones extranjeras. Las ediciones serían financiadas con \$ 30,000 de rentas generales. La ley fue sancionada el 26 de setiembre con la firma del presidente del Senado y vicepresidente de la Nación, Roca (h). El promotor de la iniciativa y legislador por el socialismo Alfredo Lorenzo Palacios tendía con Malvinas un puente entre el estado y la sociedad que según él el gobierno trataba de escindir. Ese puente, cuya cabecera estaba en las aún democráticas instituciones del Estado—el Parlamento, el sistema escolar y la red de bibliotecas populares—debía alcanzar las reivindicaciones sociales de los trabajadores y de los humildes.

Pero Palacios participaba del ideario de un partido de inspiración iluminista y liberal por el cual había accedido en 1904 a una diputación por el barrio obrero-portuario inmigrante de La Boca. El Partido Socialista aspiraba a promover la civilización y el progreso en las masas incultas mediante la educación y una profusa legislación social. Palacios se había volcado a esta tarea como abogado desde 1900, atendiendo en forma gratuita a obreros y humildes, y desde 1904 promoviendo reformas a la legislación social y represiva, la derogación de la ley de residencia, el descanso dominical, el sábado inglés, la indemnización por despido, la jornada laboral de ocho horas, la abolición de la pena de muerte, la compensación por accidentes de trabajo, la inembargabilidad de los bienes, la reglamentación del trabajo de la mujer y del niño, y la penalización a los importadores de europeas

26. Irazusta e Irazusta, *La Argentina* ... p. 87.

27. Buchrucker, Cristián. *Nacionalismo y Peronismo- La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987, p. 87.

28. Quattrocchi, Un nationalisme... p. 123.

29. Buchrucker, *Nacionalism* ... p.122

para ejercer la prostitución. Bajo el primado de la ciencia positiva, Palacios y los socialistas entendían que las mejoras no se conseguirían sólo con leyes, sino también con una activa práctica pedagógica que debía alcanzar a gobernantes y gobernados. Por eso Palacios solía apelar a extensos alegatos que justificaban cada uno de sus múltiples proyectos parlamentarios.

El trabajo político de los fundadores del socialismo se encuadraba en los marcos legales y en la labor parlamentaria, apuntando a fortalecer la sociedad civil como contralor del estado, esto es, a la civilización y el perfeccionamiento de la democracia civilizada³⁰. Pero Palacios integraba el ala nacionalista del partido,³¹ a diferencia de Juan B. Justo, su fundador, quien bregaba por el internacionalismo europeo. Por eso, en 1914 Palacios sugirió llevar la bandera argentina a las manifestaciones públicas del partido.³² Difería empero de los Irazusta en que su nacionalismo debía articularse con la democracia y los derechos sociales.

"... respeto a las instituciones de la Patria y el cumplimiento de la Constitución. Así entendemos nosotros el patriotismo. Nuestro nacionalismo no es instintivo ni excluyente; es razonado y universalista y reconoce como fundamentos inalterables la justicia, la libertad y la soberanía civil de los hombres. Este concepto de nuestro patriotismo es específicamente argentino, único que proclamaron y sostuvieron los fundadores de nuestra nacionalidad y que hemos forjado a través de nuestra historia"³³.

Su compromiso con los principios democráticos ubicaba a Palacios en las antípodas del régimen autoritario de Justo, "un hombre cuya autoridad no tiene más ley que su voluntad" y, particularmente, de "la Constitución antidemocrática que se pretende imponer" para proscribir al radicalismo yrigoyenista en una modalidad política que sería recurrente en el siglo XX: las democracias parciales o restringidas.³⁴

Pero la demanda democrática y nacionalista de Palacios se anclaban en los derechos sociales. En 1915 pasaba revista a su labor legislativa:

"He luchado durante quince años por elevar el nivel moral y material de los que sufren, y, en nombre de mi partido, obtuve leyes que dignifican el trabajo y gravan el privilegio; que velan por la mujer obrera, para quien yo he deseado ardientemente la igualdad ante la fuerza y la belleza, con respecto a las mujeres de las otras clases; leyes que suprimen la tortura de los niños en las fábricas y

30. Vazeilles, José. *Los socialistas*. Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1967, p.44.

31. García Costa, Víctor O. *Alfredo L. Palacios. Un socialismo argentino y para la Argentina 2 vols.* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986. p.32.

32. García Costa, Alfredo ... p.35.

33. García Costa, Alfredo ... p. 252.

34. García Costa, Alfredo... p. 250.

que amparan a los pequeñuelos sin madre, huérfanos de todo afecto, que todavía no han caído, y cuyo único delito es el de no haber conocido nunca la dulzura de una caricia materna".³⁵

En 1934 el paralelo entre la situación social de los humildes y la condición nacional de las islas era casi directo. Al reivindicar islas sin utilidad aparente para la Argentina, denostaba a un legislador británico que en 1848 las había llamado "Islas Miserables" donde no se da trigo, donde no crecen árboles; islas batidas por todos los vientos, que desde 1841 nos han costado nada menos que 45.000 libras esterlinas, sin retorno de ninguna clase, sin beneficio alguno".³⁶

Para Palacios las Malvinas eran argentinas aunque no dieran utilidades y aún cuando la Argentina hubiera sido en 1833 demasiado joven para defenderlas. Los trabajadores argentinos merecían leyes sociales que los protegieran de los explotadores; las naciones nuevas requerían un orden internacional que las protegiera de gigantes abusadores, ya que "entre naciones civilizadas" la jerarquía entre metrópolis y colonias debía desaparecer.³⁷ Palacios aspiraba a

"que el pueblo argentino sepa que nuestro país es el soberano de las Malvinas, tierra irredenta, sometida al extranjero por la ley brutal del más fuerte. A eso tiende mi proyecto que entrego al Honorable Senado..."³⁸.

Con el auspicio y el respaldo político del estado Argentino, *Les Iles Malouines* llegaron a todos los rincones del país y los argentinos leyeron Las islas Malvinas.

Malvinas volvió a ser noticia treinta años después en un contexto ya modificado por la década peronista cuando los trabajadores fueron objeto de una nutrida legislación inspirada por el ahora antiperonista Palacios. Desde el estado se fortalecía a la sociedad civil y se promovían organizaciones que, aunque devotas del gobierno, tomarían vuelo propio. En 1955 la llamada "Revolución Libertadora", otro golpe militar, depuso a Perón del gobierno y proscribió bajo fuego toda expresión afín al peronismo, buscando instaurar una democracia liberal que lo excluyera. El intento comprendió dos administraciones civiles, la de Arturo Frondizi y la de Arturo Illia, y varios "planteos" militares, los que finalmente pusieron en evidencia el fracaso de instaurar un sistema político sin Perón y el peronismo. Ese fracaso comenzó con el período que los proscriptos llamaron "la Resistencia" la cual reinstauró—después del anarquismo de principios de siglo—la acción directa como vía de expresión política. Fue como respuesta a la debilidad de las democracias parciales y a los avances de la acción directa, crecientemente protagonizada por personas autoadscriptas como "jóvenes", que un nuevo golpe de estado depuso al

35. García Costa, Alfredo ... p. 38-39

36. García Costa, Alfredo ... p. 37-38.

37. García Costa, Alfredo... p. 130

38. García Costa, Alfredo... p.138

radical Illia el 28 de junio de 1966, impuso al General Juan C. Onganía al frente del gobierno, y estrenó la llamada "Revolución Argentina".

Tres meses después los diarios informaban que 18 jóvenes de entre 18 y 35 años habían desviado un DC-4 de la línea aérea estatal, en vuelo regular a la Patagonia, hacia Port Stanley, la capital malvinense (Así, 8 de octubre, 1966). Los 17 hombres y la mujer que integraban el "Operativo Cóndor", simpatizantes del nacionalismo de derecha algunos, y del peronismo todos, obligaron al comandante de la nave a aterrizar en la pista de carreras hípcas de Stanley, a la que los comandos bautizaron "Aeropuerto Antonio Rivero"; luego distribuyeron panfletos explicando la operación, plantaron siete banderas argentinas, renombraron a Port Stanley "Puerto Rivero", y fueron rodeados por curiosos e infantes de marina.

El comandante de la operación, Dardo Cabo, y la única mujer del grupo, Cristiina Verrier, se dirigieron a la casa del gobernador para invitarlo a plegarse al pabellón argentino, pero fueron expulsados de inmediato. Desde el avión comunicaron por radio al continente que se encontraban "en jurisdicción nacional" y que "ellos (los británicos) son los usurpadores" (Así, 8 de octubre, 1966). Aseguraron que no abandonarían sus puestos hasta que el gobierno inglés reconociera la soberanía argentina. Mientras tanto, en la Argentina continental se difundía una declaración suya donde se autocalificaban de "cristianos, argentinos y jóvenes", "pertenecientes a militancias políticas distintas", al "pueblo argentino", a "una generación que asume sin titubeos la responsabilidad de mantener bien alto el pabellón azul y blanco de los argentinos", y que prefiere los "hechos a las palabras".

"La responsabilidad de nuestra soberanía nacional siempre fue soportada por nuestras FFAA. Hoy consideramos le corresponde a los civiles en su condición de ex-soldados de la nación demostrar que lo aprendido en su paso por la vida militar ha calado hondo en sus espíritus pues creemos en una Patria justa, noble y soberana" (Ibíd.).

En nombre, especialmente, de "la juventud argentina" se despedían diciendo: "O concretamos nuestro futuro o moriremos con el pasado" (Así, 8 de octubre, 1966). La carta estaba fechada en Puerto Rivero, y su canal de difusión fue la prensa tabloide del periodista Héctor García, editor del diario *Crónica*, llevado por los comandos para integrar el pasaje de un "vuelo histórico".

El presidente militar debió contestar de inmediato, asumiendo el compromiso de la "Revolución Argentina" con la soberanía sobre las islas, cuya protección era "responsabilidad del gobierno", pero advertía que los hechos de fuerza eran responsabilidad de las FFAA. Como el acto del grupo-comando "lesiona el prestigio del país y su tradición", se sometería a sus responsables a la justicia. "La recuperación de las islas Malvinas no puede ser excusa para facciosos" sino "causa profunda de la vocación de Patria de cada argentino" (Así, 8 de octubre, 1966). Por eso "El gobierno británico recibió todas las seguridades de que el comando no recibirá

una 'triumfal recepción', sino que serán considerados como delincuentes" (Crónica, 28 de setiembre, 1966).

Después de algunas mediaciones, y entregados como prisioneros del gobernador británico, el grupo decidió presentar su rendición al párroco Roel y al comandante (argentino) de la aeronave, quedando encerrados en un local de la parroquia hasta su partida al continente. El buque argentino "Bahía Buen Suceso" trasladó a comandos, pasajeros y tripulantes del avión ya abandonado en la turba, al extremo austral argentino, Tierra del Fuego. Los jóvenes transcurrieron entre nueve y quince meses de prisión en las jefaturas policiales de Ushuaia y Río Grande, bajo varios cargos: privación de la libertad, delitos que comprometen la paz y la dignidad de la Nación y piratería, entre otros (García 1993:248). El secuestro de aviones aún no estaba penado por la legislación argentina³⁹.

Para 1966 las Malvinas eran un asentado símbolo nacional, pero en modo alguno representaban una postura política definida. Recordando su visita de entonces, el historiador británico Arnold Toynbee señalaba :

"todos los argentinos estaban de acuerdo en sostener que las islas eran legalmente suyas, que el reclamo británico sobre ellas no tenía valor alguno y que la ocupación británica de las islas es, en consecuencia, una ocupación ilegítima. En cuanto a esto el gobierno argentino y el pueblo coinciden en forma unánime y no se trata sólo de una postura académica; el asunto con Gran Bretaña sobre las islas tiene su origen en sentimientos profundos y apasionados de honda raíz en los corazones argentinos"⁴⁰.

Que esa hondura provenía de la traducción de *Les Iles Malouines*, o incluso de las clases de geografía de la escuela primaria, es poco probable. Lo cierto es que en acciones como éstas Malvinas aparecía, como en el pasado, imbricada en las disputas de la política nacional. Los Cóndores hablaban de Malvinas como una reivindicación popular de la que cualquier argentino podía hacerse cargo. Para ello debía pasar a la acción, independientemente de cuál fuera la conducta de su gobierno. Si se tiene en cuenta que, como transmitió cierta prensa simpatizante, los Cóndores pasarían casi un año presos en el extremo sur del país por defender una causa nacional, es claro que alguno de los dos, los jóvenes o el gobierno, estaba faltando a su devoción patriótica. Y Onganía no era un gobernante muy popular habidas cuentas de su profundo antiperonismo.

Sin embargo, el peronismo no entraba en la argumentación. Estando toda alusión al peronismo legalmente interdicta, los integrantes del Operativo recurrieron

39. Ya en 1964 el piloto civil de ascendencia irlandesa Miguel FitzGerald aterrizó en las islas en 1964 con el "único, necesario y suficiente título" de ser "ciudadano argentino". (FitzGerald en García, Héctor. 1993. *Más de cien veces me quisieron matar*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993, pp. 219-220.

40. Pereira, Susana (comp.) *Viajeros del siglo XX y la realidad nacional*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, p. 84.

al pasado para denotar la exclusión política del "pueblo" peronista que ellos intrpretaban como el desamparo de la Nación. El nombre elegido para rebautizar Port Stanley correspondía al gaucho Antonio Rivero, un hombre de campo de la provincia de Entre Ríos—de donde eran oriundos los Irazusta—que fue llevado como peón en 1829 por Luis Vernet, comerciante hamburgués delegado del gobierno de la provincia de Buenos Aires para establecer una colonia en la isla. Rivero y los demás peones eran, al momento de la ocupación británica de 1833, los únicos criollos en una exígua población de europeos que después del 1° de enero se puso a servicio del usurpador. En agosto los gauchos decidieron rebelarse según los historiadores riveristas, ante la actitud genuflexa frente a los invasores, y según los demás por la negativa del despensero a aceptar los vales corrientes en tiempos de Vernet. Viendo que la flotilla porteña no llegaba⁴¹, el levantamiento culminó con la toma de la isla y la muerte de algunos europeos. En 1834 tropas inglesas comenzaron la persecución de los gauchos que habían optado por la guerra de guerrillas ante su inferioridad numérica y de equipamiento. Uno a uno fueron cayendo hasta el mismo Rivero, quien fue conducido prisionero a Londres, llevando

"su sacrificio hasta el último extremo. Ser aherrojado en tres barcos ingleses, a él que había vivido libre, como solamente fueron libres los gauchos, para ser devuelto como un retazo humano a tierra que no era la suya, en un sufrimiento supremo de avizaror la patria, a la que tanto dio, desde otra patria, desmembrada por los mismos ingleses contra los cuales peleó".⁴²

Los historiadores riveristas afirman que en 1838 Rivero fue devuelto al Río de la Plata y desde allí regresó a su tierra natal.

"En estos días confiesa haber descubierto ... Leguizamón Pondal que el capitán Rivero cayó en la batalla de Obligado, el 20 de noviembre de 1845, luchando contra los invasores ingleses y franceses; las primeras víctimas de esta hecatombe murieron cantando el Himno Nacional Argentino en las barrancas, entonado por las bandas militares del Regimiento n.º 1 de Patricios de Buenos Aires".⁴³

El recurso historiográfico, ciertamente plausible cualquiera fuera su autenticidad, les permitía a los Cóndores asentar su experiencia como jóvenes rebeldes al status quo en el pasado, y en ese discurrir se contraponían, desde una postura revisionista, a la historiografía oficial. La Academia Nacional de la Historia descreía de los motivos patrióticos de Rivero a quien calificaba como un simple salvaje y

41. Leguizamón Pondal, en Tesler, Mario. "La historia del Gaucho Rivero". *Así*. Buenos Aires, 11 de octubre, 1966, p. 4.

42. Muñoz Azpiri, José Luis. 1966. *Historia completa de las Malvinas*. Buenos Aires, Ediciones Oriente, 1966. p. 403.

43. Muñoz Azpiri, *Historia completa...* p. 403.

asesino. Por su parte, y a diferencia del temprano revisionismo de derecha, los historiadores riveristas de los 60s ofrecían a los Cóndores una versión que reivindicaba al régimen democrático y popular ahora proscripto. Que el Operativo tenía fuertes lazos con el peronismo era inocultable en sus consignas, en sus lazos con los sindicatos de la CGT (Confederación General del Trabajo), en la filiación de su comandante Cabo, hijo de un notorio dirigente metalúrgico muy próximo a Perón, y también en la versión historiográfica en que abrevaban para forjar un héroe en aquel pasado yermo de las islas. Sin embargo, la historia de Rivero permitía pronunciarse sobre la coyuntura política elípticamente, y ubicar a los Cóndores en la senda de Rivero, de su pasión y su muerte.

II. Una dictadura nacional y popular

Dieciseis años después, la noticia de la "recuperación" daba la razón a Toynbee aunque no podía remitir a una situación más paradójica. El PRN comenzaba su sexto año de gestión, y el clima le resultaba francamente adverso. La tercera Junta, estrenada el 22 de diciembre de 1981, e integrada por el comandante del ejército Leopoldo F. Galtieri, el Almirante Jorge Isaac Anaya de la Armada, y el Brigadier General de la Fuerza Aérea Basilio Lami Dozo, acababa de enfrentar la primer movilización callejera y masiva llamada por la Confederación General del Trabajo (CGT) y apoyada por la mayoría de los partidos, aún en veda política, bajo el lema explícito "Pan y Trabajo", y el objetivo implícito de lograr una apertura democrática. Este llamado, que fue duramente reprimido y culminó con un muerto y más de cien detenidos, era el producto de una oscilante y recesiva política económica que se revelaba incapaz de detener la inflación. Asimismo, entre 1976 y 1980 un número indeterminado que rondaba los 30.000 desaparecidos y detenidos argentinos y extranjeros, había transitado por centros clandestinos de detención en unidades regulares e irregulares bajo el control de las fuerzas armadas y policiales; las denuncias ante foros internacionales presentadas por diversas organizaciones de derechos humanos, entre las cuales se destacaban Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas, Madres de Plaza de Mayo y Abuelas de Plaza de Mayo que buscaban a sus hijos y a los hijos de sus hijos, nacidos en cautiverio y sin paradero conocido, no hacían más que abultar las pruebas contra un régimen reconocido por su impiadosa crueldad.

En este marco, y pese a las negativas oficiales, la cuestión electoral cobró creciente visibilidad en 1981. Los principales partidos políticos se reunieron en la Multipartidaria con el fin de presionar al gobierno y negociar una apertura. El 30 de marzo, las dos ramas en que se hallaba dividida la CGT desde el comienzo del régimen, la CGT y la CNT, se unieron para la protesta. Pese a la masiva represión la movilización del 30 de marzo marcó un punto de inflexión. La calle y las plazas céntricas que desde 1945 se habían convertido en escenarios de la política de masas, primero, y de la lucha política, después, venían siendo ocupadas y vigiladas

militarmente desde el 24 de marzo de 1976. Pero la CGT, los partidos y miembros dispersos de la población se volcaban al espacio público desafiando las leyes del miedo, en clara oposición al régimen.

Éste era, pues, el clima desde el cual se escuchó la noticia de "la recuperación" de las islas irredentas por 149 años. Pero ¿por qué Malvinas? Tamaño contraste y proximidad temporal entre el 30 de marzo y el 2 de abril permitían especular sobre alguna brusca maniobra del gobierno para ganar legitimidad. Sin embargo, caben aquí dos puntualizaciones. La primera es que la ocupación del archipiélago se venía planeando en los salones navales desde mediados de diciembre del '81⁴⁴; el 26 de marzo del '82 se ordenó la intervención militar y el 29 se informó a los oficiales superiores de la misión⁴⁵; para el 30 de marzo las fuerzas de desembarco ya estaban reclutadas. Fue el *in crescendo* del conflicto suscitado en las Islas Georgias el 19 de marzo a raíz de la llegada sin pasaporte de empleados de una empresa de chatarra, para desarmar una estación ballenera en Grytviken, el que adelantó "la recuperación". Así, para fines de marzo la toma argentina de Malvinas era una acción probable tanto que los británicos replegaron a sus marines del cuartel de Moody Brook, cerca de Port Stanley, antes del desembarco argentino.

La segunda puntualización es que pese al rédito político oficial del desembarco, la sociedad civil y política apoyaron resueltamente la medida, suficiente para revertir el antagonismo dominante en la Argentina. Este cambio fue, sin embargo, el producto de una conjunción de actores que, en variada escala y desde distintos registros, se sumaron al entusiasmo al que significaron por canales y modos diversos, en medio de un consenso general que proclamaba la justicia de una causa pendiente hecha realidad.

El ingreso al arena pública de la sociedad civil argentina y extranjera residente en el país fue masivo, arrasador y entusiasta⁴⁶. La fuerza de la reivindicación se expresaba en distintas formas e intensidades como para no dejar lugar a dudas. Donaciones de dinero, metales preciosos, productos elaborados y envasados, trabajo no remunerado y sangre⁴⁷. Unos escribían cartas al exterior para justificar la medida argentina; otros marchaban por las calles céntricas de cada localidad al

44. Cardoso, Raul; Adolfo Kirchbaum y Ricardo Van Der Kooy. *La Trama Secreta*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana., 1983.

45. Freedman, Lawrence & Virginia Gamba. *Signals of War. The Falklands Conflict of 1982*. London: Faber & Faber, 1991.

46. Guber, Rosana. *Por qué Malvinas?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

47. La Argentina se volcaba íntegra al Atlántico Sur, no sólo con dinero. Las empresas panificadoras donaron tapas de empanadas, las yerbateras yerba mate; cámaras y empresas enviaron harina, arroz y artículos no perecederos (leche en polvo, chocolate, latas de dulce, etc.). En la Provincia de Buenos Aires, sur de Santa Fe y de Córdoba, se realizaron remates de ganado, mientras las provincias contribuían con productos que enviaban a los comandos de logística de cada fuerza. Asimismo, personalidades de la televisión, el deporte y las artes, donaban dinero y obras para subastar. Ciudades y

son de bocinas y el blandir de banderitas argentinas; los escolares escribían cartas a los soldados, los extranjeros se proclamaban promalvineros y un ciudadano boliviano dio vueltas en bicicleta al monumento de Simón Bolívar durante 24 horas para evidenciar su devoción latinoamericana. Las adhesiones primero, las donaciones después, se consignaban en los diarios, adonde también se publicaban solicitudes.⁴⁸

Nadie reivindicaba al PRN, ni su política represiva ni su línea económica. Políticos y sindicalistas hacían declaraciones en apoyo de la causa. La Multipartidaria, integrada por los cinco principales partidos políticos (Justicialista, Radical, Intransigente, Demócrata Cristiano y el Movimiento de Integración y Desarrollo) dio "su total apoyo y solidaridad con la acción llevada a cabo y reitera su decisión de respaldar todas las medidas conducentes a la consolidación de la soberanía argentina" (*Clarín* 3/4/82). El presidente del radicalismo dijo que "La Argentina ha hecho un reclamo histórico /.../ En el país no hay dos opiniones al respecto"; ante la emergencia "el país todo debe demostrar su unidad interna" (Contín, en *Clarín* 4/4/82). Y desde la izquierda se advertía que "En materia de soberanía, no puede haber dos actitudes, sino la plena solidaridad nacional" (O. Alende, en *Clarín* 4/4/82). Los socialistas de diversas ramas destacaron la necesaria unidad "por encima de las diferencias políticas y conflictos internos" (*Clarín* 3/4/82) y el Partido Comunista adhirió en un tono similar (Declaración Interpartidaria Metropolitana, en *Clarín* 4/4/82).

Por su parte, la central de trabajadores anunció que "nuestras FF.AA. han ejercido un derecho legítimo al restituir a nuestro territorio patrio lo que por derecho legítimo nos pertenece /.../ El movimiento obrero argentino representado por la CGT acompañará este hecho histórico declarando el día 2 de abril como de júbilo nacional" (*Clarín* 3/4/82).

Personalidades de otras administraciones, golpes de estado y débiles gobiernos civiles de los '60 desfilaron ante la prensa como protagonistas del recuperado consenso. El ex presidente civil Arturo Frondizi (1958-1962) garantizaba "el respaldo unánime del pueblo argentino" (*Clarín* 3/4/82). Además de izar la bandera con

pueblos asistían a los eventos "a beneficio": jornadas teatrales, partidos de fútbol, carreras de autos, torneos de ajedrez, funciones de cine, festivales de música popular (Guber, Rosana. Por qué ...).

48. Entidades profesionales y culturales, filiales de gremios, ateneos y agrupaciones políticas, corrientes de opinión, clubes deportivos, bibliotecas populares, institutos históricos, asociaciones de productores, engrosaban los listados que día tras día quedaban inscriptos en las páginas de los periódicos. Se contaban, además, agrupaciones de residentes provincianos, asociaciones de extranjeros, direcciones y empleados de hospitales y escuelas, rectores universitarios nacionales y privados, y directores y empleados de museos (Ibíd.), científicos y periodistas, actores, artistas plásticos, futbolistas, automovilistas y boxeadores "en apoyo de la inalienable soberanía argentina sobre las islas Malvinas y sus dependencias" (*Clarín* 17/4/82, Guber, Por qué ...).

el gobernador militar de Chubut, Illia consideró la recuperación "justa e inobjetable" y que "ningún argentino puede retacear (su) importancia y trascendencia". Su adversario Onganía dijo que "la recuperación /.../ constituye uno de los objetivos permanentes de la política exterior de nuestro país" (*Ibid.*).

El consenso empezó a encarnarse en acciones concretas cuando por primera vez desde 1976 los dirigentes partidarios fueron invitados a la Casa de Gobierno por el Ministro del Interior, inaugurando una serie de encuentros que durarían hasta terminar el conflicto. El 7 de abril viajaron al ex-Port Stanley, para asistir a la asunción del gobernador militar de Malvinas, General Mario B. Menéndez, las planas mayores de las cámaras empresarias, bancaria y de comercio, organizaciones de productores rurales, los jefes de las dos centrales obreras, artistas y científicos. Su presencia en el mismo avión en una comitiva que un diario calificó como "Charter Inusual", provocó la reflexión del presidente de la primera Junta del PRN, General J.R. Videla, para quien se trataba de un "hecho trascendente de ver a este conjunto de ciudadanos tan representativos, más allá de sus diferencias políticas y sectoriales, unidos entonando el Himno Nacional" (*Clarín* 8/4/82). Por esas diferencias otros "ciudadanos" habían sufrido cárcel, tortura y muerte.

A la medida oficial de disponer "la libertad de los detenidos el martes" 30 de marzo, para que "todos los argentinos puedan asociarse a los acontecimientos de este histórico día para la República, con motivo de la recuperación de nuestras islas Malvinas" (*Clarín* 3/4/82), la CGT debió responder diciendo que "las circunstancias no nos permiten manifestar nuestra total identificación con el acto soberano llevado a cabo por las FF.AA. argentinas" (*Clarín* 3/4/82). Para un veterano dirigente metalúrgico concurrir a la Plaza de Mayo "significa avalar /.../ a la Patria que es la que nos convoca" (Lorenzo Miguel, en *Clarín* 3/4/82). El sector gremial más próximo al gobierno, la CNT, le exigió "dar respuesta justa a los candentes problemas que afectan la otra parte de la soberanía nacional: la soberanía del pueblo argentino", e hizo votos para que los militares "desembarcaran en el Ministerio de Economía para plantear un plan económico /.../ más convocante y humano" (Triaca, en *Clarín* 3/4/82). Las demandas gremiales no reconocían al gobierno como legítimo conductor nacional, aunque las fuerzas armadas fueran admitidas en la Nación como argentinas.

La Multipartidaria también condicionaba su apoyo: "Este pronunciamiento no implica la declinación de las conocidas posiciones sustentadas por este nucleamiento frente a la política del Gobierno en los distintos campos de la vida nacional" (*Clarín* 3/4/82.). El presidente de la UCR aseguró que "Hay una postergación de los reclamos; ni siquiera habrá cambios en ellos, sólo postergación" (Contín, en *Clarín* 10/4/82). Se refería a la demanda de reactivación productiva, la redacción del estatuto de los partidos políticos y el cronograma electoral. Ninguno de estos puntos constaba en la agenda oficial antes del 2 de abril. Así, las dirigencias partidarias aprovecharon la ocasión para recordar que el gobierno tampoco era un legítimo conductor político.

Algunos invitados del "Charter inusual" a la asunción del gobernador de Malvinas recordaron que "ni nosotros mismos, en razón de la veda política, investimos representatividad" (Bittel, en *Clarín* 7/4/82), mientras los dirigentes obreros reflexionaban que "es público y notorio que el gobierno militar ha reiterado que la CGT no existe pues no es una organización legal. Por lo tanto no puede considerar seriamente ser su invitado en esta eventualidad". Aludiendo a que el 30 de marzo el ministro del Interior había calificado a la protesta como "un ejercicio de subversión", los dirigentes retrucaban irónicamente que "los subversivos de ayer somos los patriotas de hoy".

Las percepciones eran por demás realistas y en nada evocaban la obediencia ciega de la sinrazón nacionalista. La Nación estaba pespunteada por oposiciones encarnizadas que habían llevado a la violencia política de la cual el Proceso se había autoerigido en árbitro y contralor. Aún cuando se obviara la contundente exclusión de políticos y sindicalistas, los nuevos convidados del gobierno no podían dejar de mostrar su perplejidad ante la simple pregunta de en mérito de qué expresar su aceptación. Si todas las opciones partidarias y todos los alineamientos gremiales estaban denostados por el régimen, ¿adónde hacer pie para adscribirse a una entidad societal con una continuidad aceptable junto a un régimen que los había excluido? La Nación no era un escalón en abstracto, sino un peldaño muy concreto que se afirmaba en la filiación, pues reunía a todas las ofrendas materiales y simbólicas en torno a la ofrenda mayor de los argentinos: los soldados conscriptos, en su mayoría nacidos en 1962 y 1963, que iban al campo de batalla.

"Teniendo en cuenta que los soldados que están en el territorio patrio recuperado son todos hijos de trabajadores argentinos la CGT resolvió designar a sus secretarios general y adjunto para que hagan llegar su saludo y solidaridad a los soldados argentinos que recuperaron la soberanía en las Malvinas" (*Clarín* 7/4/82).

La CGT convertía a las fuerzas armadas en el agente accidental de una gesta nacional que protagonizaban sus verdaderos dueños y destinatarios: los trabajadores argentinos encarnados por sus hijos en las islas. En esta línea, y fundiendo Nación y filiación, las Madres de Plaza de Mayo clamaban en sus rondas de los jueves que "las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también" mientras la organización de "Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas" señalaba en una solicitada que participaba

"del grave conflicto que sufre nuestro pueblo. En momentos en que miles de jóvenes argentinos, entre ellos nuestros hijos, sobrinos, nietos, están en el sur para defender nuestra Patria, no podemos dejar de pensar en nuestros detenidos y desaparecidos, que seguramente hubieran apretado filas junto a los soldados y que no pueden hacerlo por su injusta desaparición" Abril de 1982 (*Clarín* 8/5/82).

En ambos casos, la argentinidad se aplicaba a los desaparecidos en tanto hijos, y a la nacionalidad de las islas. De este modo ser parte de la Nación era ostentar una común filiación, pero esta "comunidad" no se le reconocía al régimen. En todo caso, la filiación retrotraía a la sangre, atribuyéndose a la sangre el anclaje último y primordial de un país fragmentado por su derramamiento.

El reposicionamiento nacional-parental del gobierno y la salida de la gente a la calle, descolocaron a los opositores más activos—centrales obreras, partidos, organizaciones humanitarias—que reconocían la justicia de la operación sin olvidar sus anteriores demandas. Sucedió entonces que dichas cuestiones se replantearon a la medida del contexto. Esta reacción fue leída posteriormente a la rendición argentina (14 de junio, 1982) como una sumisión obsecuente y acrítica al gobierno. Pero desde el primer momento Malvinas se convirtió en el telón de fondo de diversas negociaciones; la unidad, de la cual las fuerzas armadas eran principales artífices, no estaba bajo su exclusivo control. Y esto era obvio no sólo en las declaraciones de personalidades de conocida trayectoria.

En suma: durante los 74 días de presencia argentina en las islas Malvinas los argentinos y extranjeros residentes en el territorio actuaron la exaltación de una comunidad de signo inverso a las décadas de persecución y exclusión política y social. La gran paradoja que los autores no han alcanzado a resolver es que dicha unidad fue implementada por una dictadura militar que ya era absolutamente impopular, gracoas a un caro símbolo nacional cultivado en casi cien años de historia. A ello contribuyeron, como vimos, un liberal de la república oligárquica, un senador socialista, dos historiadores revisionistas y un puñado de jóvenes nacionalistas y peronistas.

El ingreso a la Nación de sectores hasta entonces excluidos, desarticulados, que sin embargo empezaban a reaccionar colectivamente, como en el 30 de marzo, no se hizo a cambio de un apoyo explícito al régimen sino a un símbolo nacional: Malvinas. Su defensa, se entendía, estaba representada por los hijos de argentinos y extranjeros radicados en el país. La filiación operó, entonces, de modo similar para algunos políticos, y sobre todo para los gremios y los civiles en general, como el único argumento aceptable para afirmar una común pertenencia y los derechos derivados, tras años de terror y supresión. Así, el juego al que todos jugaban se representaba en un sentido común que no requería de pronunciamiento político alguno, porque en 50 años de turbulenta historia, los argentinos aprendieron a pensar la Nación como su única base de demanda legítima ante y contra los poderes usurpadores del estado. En 1982 esa Nación se interpretaba en virtud de la restauración de la filiación, y no de la defensa de los derechos políticos y sociales, ni tampoco en pos de un sueño revolucionario. Malvinas y los desaparecidos eran, en efecto, dos caras de una misma moneda: estaban igualmente asociados a la nación y a la convicción de que la descendencia podría asegurar la continuidad de una entidad fracturada por la política.

III. Entre el nacionalismo y el autoritarismo

Los segmentos cubiertos en las dos secciones de este artículo—construcción histórica de la causa de Malvinas entre 1910 y 1966, y caracterización del respaldo social y político a la recuperación armada de las islas en 1982—presentan dos formas en que los argentinos hemos empleado el símbolo “nación”. El primero refiere a la nación como una forma de hacer política y como una vía para crear un contexto de interpretación de las prácticas y discursos en tanto que políticos. El segundo alude a la nación como representación y como resultado del parentesco, con particular énfasis en las relaciones de consaguinidad vertical o “filiación”. La aplicación política aparece a todo lo largo de la historia de la causa de Malvinas, mientras que la referencia a la filiación emerge claramente en la última dictadura. Veamos en qué consisten ambos referentes y cómo se reunieron en los días de Malvinas, con el fin de aproximarnos a los modos en que se han articulado en la Argentina nación, nacionalismo y autoritarismo.

En las ocho décadas que precedieron al conflicto bélico, Malvinas pasó de ser una cuestión de soberanía pendiente del estado argentino, a una causa nacional de los “ciudadanos” y del “pueblo”. Quienes participaron de este proceso se posicionaron siempre *vis-à-vis* el estado, sea porque eran sus agentes (Groussac, Palacios) sea porque actuaban como opositores dentro y fuera del sistema (Irazusta, Palacios, Córdobes). A lo largo de este proceso la invocación a Malvinas como causa nacional, esto es, como símbolo de la Nación argentina, estuvo (en general explícitamente) asociada a cuestiones de política interna y a las formas de exclusión social (los humildes, según Palacios) y de exclusión en el sistema político argentino (rosismo vs. liberales; peronistas vs. antiperonistas). Es cierto que las reglas del sistema político fueron cambiando con el correr del siglo pero el sistema político se fue tornando cada vez más marcadamente excluyente, vertical e inconstitucional. Una mirada a la caracterización de la Revolución Argentina puede mostrar crudamente la lógica que llevó a que la “nación” se convirtiera en un arma de lucha política en un régimen donde la política debió operar fuera del sistema.

El golpe militar de 1966 inauguró una nueva modalidad política no sólo por su carácter represivo sino también por combinar la modernización y el autoritarismo. El golpe de la autodenominada “Revolución Argentina” buscaba disciplinar la escena política y social, reforzar medidas proscriptivas sobre organizaciones políticas y sociales, y abrir o liberalizar la economía diseñada por tecnócratas de la burocracia pública y privada. El poder del estado se postulaba, así, como supra-político y como ejercido en representación de la nación.⁴⁹

49. O'Donnell, Guillermo “Tensions in the Bureaucratic-Authoritarian State and the Question of Democracy.” En *The New Authoritarianism in Latin America*, David Collier, ed., Princeton, Princeton University Press, 1979, pp.285-318. Collier, Ruth Berins and David Collier. *Shaping the Political Arena*. New Jersey, Princeton University Press, 1991.

Desde el trabajo de Guillermo O'Donnell⁵⁰, los cientistas políticos han llamado a ese régimen "burocrático-autoritario" para diferenciarlo del autoritarismo "tradicional" con "contornos patrimonialistas y sultanísticos", y del "autoritarismo populista". El estado burocrático-autoritario o autoritarismo con modernización sirvió de garante y organizador de la dominación a través de una estructura de clases subordinada a las fracciones más altas de la burguesía transnacional y oligopólica. Encabezada por instituciones coercitivas—las fuerzas armadas—y por sectores de la burguesía que aspiraban a "normalizar" la economía, este estado buscó restaurar el "orden social" superando las tensiones resultantes del colapso del gobierno de Perón, manifiestas en un sector popular políticamente activado integrado por las clases medias y trabajadoras, y por una burguesía nacional concebida desde el poder como "ineficiente". El nuevo autoritarismo se proponía unificar un sistema político dividido en una esfera formal y abierta de actores legales, y una esfera informal donde se articulaban actores legales y segmentos excluidos y proscritos. En consecuencia, los dirigentes políticos y gremiales no se comprometieron con la democracia sino que trataron de sacar ventaja de un "juego imposible" en que las fuerzas sociales y políticas llegarían a un empate. A través de las fuerzas armadas y de medidas económicas y políticas coercitivas estas nuevas dictaduras llegaron para "poner las cosas en orden" y así refundar la nación⁵¹.

En este marco interpretativo, O'Donnell sugería que el estado burocrático-autoritario excluía al sector popular suprimiendo las instituciones democráticas y privando a la ciudadanía de sus identidades de "ciudadanos" y de "pueblo". La única representación colectiva que el régimen reconocía era la "nación", a la que definía como

"las identidades colectivas que definen un 'nosotros' que consiste, por un lado, en una red de solidaridades superimpuestas en la diversidad y los antagonismos de la sociedad civil y, por otro lado, en el reconocimiento de una colectividad distinta de los 'otros' que constituyen otras naciones"⁵².

Al momento de escribir estas líneas, O'Donnell creía que las identidades nacionales, junto con su vasto simbolismo—la bandera y el himno—permanecían en un nivel demasiado abstracto bajo la política neoliberal.⁵³

50. O'Donnell, Guillermo. "Modernización y golpes militares (Teoría, comparación y el caso argentino)". *Desarrollo Económico*. Buenos Aires, 1972, vol. 47, n. 12, pp. 519-566. O'Donnell, Guillermo. "Estado y Alianzas en la Argentina, 1956-1976". *Desarrollo Económico*. Buenos Aires, 1977, vol. 64, n. 16, pp. 523-554. O'Donnell, Guillermo. *El Estado burocrático-autoritario*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.

51. O'Donnell, "Modernización y ...". Cavarozzi, Marcelo "Political Cycles...".

52. O'Donnell, "Tensions ...". p. 288.

53. O'Donnell, "Tensions ...". p. 292.

La elaboración de O'Donnell, pese a su distancia temporal, da algunas pistas para entender desde una caracterización contextualmente válida, los usos del símbolo "nación" en la Argentina. Su perspectiva interesa en primer lugar, y como veremos, porque constituye una interpretación de la "nación" fuertemente connotada por la experiencia política argentina. Segundo, y convergiendo con Verdery, O'Donnell incorporaba a la "nación" en su modelo de régimen político, no como espejismo ni como engaño sino como mediación entre el estado y la sociedad. En la Argentina, donde el nacionalismo de derecha ha tenido un vigor bastante prolongado los intelectuales suelen homologar el uso de la interpelación nacionalitaria con la derecha doctrinaria y, a veces, también con el nacionalismo de izquierda⁵⁴. Sólo recientemente algunos investigadores han comenzado a analizar los usos argentinos de "nación" y a investigar el proceso social a través del cual se forman las identidades culturales y políticas en la Argentina, sin reducir dichas manifestaciones al nacionalismo doctrinario⁵⁵.

En tercer lugar, la definición de O'Donnell es adecuada para el caso argentino porque no está pensada desde señas étnicas o raciales. Ciertamente, existen manifestaciones racistas y etnicistas, pero éstas no han sido institucionalizadas. En este sentido el modelo nacionalitario argentino se ha mantenido fiel al modelo de contrato ciudadano francés. Por último, el punto más relevante en su teoría es el lugar que le asigna a la nación como el lugar de la articulación política en regímenes burocrático-autoritarios. El autor sugiere que la presencia creciente de la "nación" en el discurso y la práctica política está relacionada con el desarrollo del autoritarismo porque la "nación" se torna la única interpelación legítima en regímenes altamente represivos y excluyentes, y en la única imagen de continuidad en un sistema político fracturado y discontinuo. Así, este uso del símbolo "nación" tiene dos consecuencias ideológicas. Una es que en la Argentina la nación no corresponde a la experiencia de unidad política sino, más bien, a un sistema político excluyente dividido en una esfera formal y otra informal e ilegal, y fracturado por las rupturas institucionales. La nación es la única conexión posible entre un estado solipsista y un pueblo cuyos medios de expresión han sido destruidos o silenciados. Otra consecuencia, y en este contexto, es que la categoría de nación la suelen invocar las fuerzas políticas en representación de toda la nación. Así, la unidad evocada por este término resulta de y produce la confrontación entre actores excluidos y excluyentes que hablan en nombre de la Argentina y de los argenti-

54. Barbero, María Inés y Fernando Devoto. *Los nacionalistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983. Buchrucker, *Nacionalismo...* Navarro Gerassi, Marysa. *Los Nacionalistas* Buenos Aires: Editorial Jorge Alvarez. Rock, David. *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires: Ariel, 1993. Senkman, Leonardo, en McGee Deutsch, Sandra and Ronald H. Dolkart, eds. *The Argentine Right*. Wilmington: Scholarly Resources, 1993.
55. Archetti, Eduardo P. *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2003.

nos. En esta lógica práctica, la nación es un símbolo matriz que unifica un campo de luchas entre grupos que se conciben a sí mismos como nacionales, esto es, como no políticos, no partidistas y no sectoriales.

Lo que sucedió en 1982 fue que el régimen exacerbó esta lógica y a través de un hecho por demás contundente (el asalto armado de las islas), se apropió del símbolo de Malvinas que, por su carácter nacional ambiguo daba lugar a la pretensión de unidad. Esa apropiación fue ciertamente indebida pero esto sólo se supo después. El desembarco de las fuerzas armadas fue legítimo para recuperar la nación, ya que era lo único en nombre de lo cual el PRN podía actuar. Más allá o más acá de "la Nación" acaecía la división y el conflicto. Así, cuando llegó el momento de rebautizar la capital malvinera Port Stanley, transcurrieron prácticamente 20 días sin una alternativa satisfactoria. Recién el 21 de abril la secretaría de Cultura de la Nación propuso la salomónica solución de Puerto Argentino!

Los políticos del Cono Sur no definieron sus naciones en términos étnicos sino según el modelo democrático-revolucionario o de nacionalidad por contrato ciudadano sembrado en Francia y los Estados Unidos. Sin embargo, en la Argentina este modelo funcionó de otra manera. La modernización argentina con su elevada fuerza de trabajo industrial, sistema escolar y ausencia relativa de guerras étnicas, no derivó en un uso de nación democrático-revolucionario sino nacionalista no étnico. Este fue el resultado de un proceso político hilvanado por exclusiones sistemáticas y alternativas. En los tumultuosos años desde el primer golpe de estado en 1930 hasta 1982 cuando la guerra, la "Nación" fue la única representación colectiva aceptada por todos los sectores y todos los regímenes. La invocación política nacionalista fue, en este sentido y en la Argentina, una extensión de la política autoritaria, no porque el símbolo "nación" haya sido usado exclusivamente por gobiernos autoritarios y por las fuerzas armadas para manipular a la ciudadanía, sino porque la nación fue un canal a través del cual todos los sectores, legales y proscriptos, en contextos democráticos, semi-democráticos y autoritarios, tomaron parte de la política argentina, y porque dicha participación fue siempre justificada en términos absolutos, esto es, en representación de toda la nación.

Esta lógica fue llevada al paroxismo por el PRN, que absorbió la violencia política de los excluidos y los actores políticos excluyentes lanzándose a un terrorismo estatal masivo y sangriento. Del mismo modo, el estado tomó el símbolo de la nación para sí, iniciando un conflicto internacional que llevó a civiles y militares argentinos al Atlántico Sur. Si la guerra anti-subversiva y la recuperación de las islas Malvinas se parecían en que ambas se llevaron a cabo en nombre de todos los argentinos y contra los enemigos de la Patria, también se parecían en otra cosa. Quizás como una contribución del Proceso al régimen burocrático-autoritario inaugurado en 1966, la nación pasó a fundarse en relaciones sociales de filiación. Al aniquilar a argentinos y extranjeros comprendidos por el término genérico de "juventud", el Proceso ubicó a la "generación" joven como su blanco principal. Esta víctima, que ya en la Revolución Argentina había empezado a ser reclamada por

sus familiares, acentuó su carácter etéreo (de edad) al ser reclamado por sectores de la sociedad civil que se posicionaban respecto a la víctima en términos de parentesco filial. Poco tiempo después Malvinas confirmaría esta perspectiva, al involucrar a dos cohortes—1961 y 1962—de jóvenes de 19 y 20 años bajo el mando de las fuerzas armadas (relación vertical), y a cuya vuelta serían reclamados y representados en tanto que menores o “chicos” por sus familiares adultos y por la sociedad civil en general⁵⁶. Así, en 1982, el estado de las FF.AA. confirmaba oficialmente lo que sostenían los Familiares de Desaparecidos: que los soldados eran los hijos de la Patria, y que los desaparecidos hubieran “apretado filas” en el frente de batalla.

Mucho queda por investigarse en torno a la emergencia de la filiación como encarnación de la Nación. Podría sugerirse, sin embargo, que la restauración de la filiación como adscripta a la Nación fue el reconocimiento desde el estado (incluso el del PRN), la sociedad política y la sociedad civil, de que el Proceso había producido una ruptura definitiva en la temporalidad de la Nación Argentina, y que esa ruptura provenía ni más ni menos, que de haber utilizado la filiación como arma política. Podría también conjeturarse que dicha ruptura sólo podía subsanarse mediante formas simbólicas como la reivindicación de la “memoria”; y podría concluirse, también, que una Nación herida para siempre en su continuidad temporal preservaría la memoria de su máxima expresión de autoritarismo: el Proceso vandalizando a jóvenes y niños en sus centros clandestinos de detención, y maltratando a sus jóvenes varones en sus campos de batalla. Entre tanto, ¿habrá cedido la invocación nacionalista ante la consolidación del régimen democrático? ¿Acaso las exclusiones sociales de los 1990 recurrirán al nacionalismo como vía para expresar su inclusión en la sociedad argentina?

56. Guber, Rosana *De chicos a veteranos*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia, 2004.

